

Saul Bellow

Herzog, una anécdota

Edgar Esquivel

“Estaba escribiendo una novela cómica —aclara Saul Bellow—; necesitaba un título y me lo saqué de la manga, como se hace a menudo cuando se escriben novelas, y jamás imaginé que este párrafo fantasma sobre nada en concreto requeriría investigación y volvería para atormentarme más adelante”. Esa novela es *Herzog*, una de las más célebres de Saul Bellow (1915-2005), escritor estadounidense, y en la que el dilatado drama psicológico y afectivo de un protagonista brillante y complejo —Moses E. Herzog— constituye más un relato cercano al humor negro que a lo desgarrador, y que guarda además una extraña coincidencia.

Herzog, profesor judío, se ve envuelto en una penosa situación a partir de la separación de su segunda esposa, la deslumbrante Madeleine, quien lo engaña con Valentine Gersbach, amigo cercano. Su vida profesional ha germinado en ambientes universitarios, ha deambulado en aulas y bibliotecas, al grado de que imparte un curso nocturno para adultos en Nueva York sobre algo extraño: *Las raíces del romanticismo*. He aquí parte de las razones del tormento aludido por Bellow. *Herzog* se publicó en 1964; al año siguiente, entre marzo y abril de 1965, el filósofo de origen letón, Isaiah Berlin (1909-1997), pronunciaría una serie de reflexiones públicas —conferencias A. W. Mellon— en la National Gallery of Art de Washington, en las que reflexionaría acerca del romanticismo, tema que tuvo un atractivo permanente para el autor de *El erizo y la zorra*. El título original fue, coincidentemente, “Las raíces del romanticismo”, que de acuerdo al editor, Henry Hardy, fue “sugerido por el propio Berlin temprana-

mente”. De hecho, en el calendario de actos de marzo de la National Gallery así se anunció, pero al poco tiempo se sustituyó. Berlin remitió una carta a finales de febrero solicitando que se sustituyera —“lo de ‘raíces’ es demasiado ambicioso y tengo además otras objeciones que puedo detallar”—; el folleto de abril ya signaba otro título: “Las fuentes del pensamiento romántico”. En realidad escoger uno u otro para una actividad semejante no tiene mayor relevancia; no obstante, aunque el motivo que dio lugar a ese cambio resulta baladí, pues la confluencia de dos personajes en una misma idea —comunidad de tiempo y razón; métodos distintos, conclusiones aproximadas—, si bien es extraordinario no es algo inédito, acaso sorprende más otro *cruce*: el apellido de los dos autores comienza con “B”. Tal vez no faltaron especulaciones acerca de si ambos guardaban alguna relación pues tanto Herzog, en la novela, como Berlin, en el mundo real, eran filósofos y académicos, y aunque su personalidad e historia no coinciden, no deja de llamar la atención el común interés en el tema del romanticismo. “Según tengo entendido —refiere Hardy—, esto fue una mera coincidencia y Berlin negó que estos hechos tuvieran conexión alguna”; sin embargo, en los terrenos de la irrealidad nada es seguro, menos aun en los del mundo opuesto, el *verdadero*, el nuestro. En ocasiones realidad y ficción se cuadran sin que medie enteramente el azar o la intención deliberada. El vínculo de Bellow y Berlin es producto de la asimilación de una misma época —el siglo xx—, con interrogantes, estímulos y limitaciones compartidos, por ello paralelamente decodificaron las ale-



Saul Bellow

gorías de la curiosidad alimentando la universalidad de la imaginación. Filosofía y literatura se emparentan, más allá de los recursos que les son propios, en que ni una ni otra son terreno propicio para corroborar de manera infalible las acciones o el pensamiento de los hombres.

Hay en la figura de Moses Herzog una hilaridad palpable; su creciente desfiguro —“si estoy como una cabra, qué le voy a hacer, pensó”— es producto de un desencanto abyecto y elemental: el amor perdido, la seguridad vital en vilo. Ante ello él escribe cartas —imaginarias, reales—, pues así recaba y recuenta sus indagaciones lastimeras; sin embargo, los destinatarios (ah, el destino) jamás sabrán que existen. En la locuacidad y actitud intempestiva de Herzog puede haber una punzante incompreensión de por qué le suceden a él estas cosas —engaño, abandono—. Lo cierto es que no deja de hacer ni sentir lo que le viene en gana. Hay entonces una coincidencia mayor: “el hecho de que podemos darle forma a las cosas según nuestra voluntad”, y esto es el fundamento del romanticismo. Herzog aduce, carente de respuestas, que en la inevitabilidad de las emociones *hay una pena, señor, que es una especie de flojera* y “al revisar su vida entera, se dio cuenta de que lo había hecho todo mal, todo. Su vida estaba, por así decirlo, en ruinas. Pero dado que no había sido gran cosa, tampoco había mucho que llorar”. **u**